



Comentario de Libros

"CERVANTES"

de Sebastián Juan Arbó

Por

Francisco Javier CUADRA Lizana



ESTE UNO DE aquellos libros a los que el tiempo, como al buen vino, agrega sabor. La posibilidad de este mérito está determinada por la magistral relación que el autor hace entre el ser cervantino y la España de la segunda mitad del siglo XVI. La configuración de la circunstancia vital de Cervantes hecha a través de la unión de pormenores aparentemente inconexos es, pues, la clave del valor permanente que los años van descubriendo en este libro.

En este contexto resulta singularmente novedosa la división de la vida del escritor en un período propio de Don Juan de Austria y en otro de Don Felipe II. Aunque Arbó no la plantea tajante —de hacerlo rompería la secuencia poética con que trata el tema—, fácilmente se la pue-

de percibir y asignar, respectivamente, a etapas de puro idealismo y realismo impuesto. Es evidente que el espíritu de caballero andante del príncipe le acompaña hasta su llegada a España desde la prisión de Argel. De allí en adelante su vida adquirirá un tono administrativo, propio ya del rey. Sin embargo, independientemente de ellos, también se gesta la faceta propia que haría posible a Cervantes ser el que fue. La lucha que en su interior tuvieron Don Quijote y Sancho arrojó la producción literaria que le conocemos, siendo su mejor expresión el libro que sobre ambos escribió. En él, es donde más puramente concretó su vida plena de contrastes entre el ideal y la realidad.

Por lo mismo, constante de sus sesenta y nueve años fue la adversidad y más aún su lucha contra ella. De ésta, Ramiro de Maeztu decía que era "espectáculo

digno de los dioses". Y tal verdad no se desmiente en el caso de don Miguel. Nacido en un hogar de viejos hidalgos, nunca disfrutó de estabilidad material; volviendo a casa con recomendaciones por su valor militar, el barco es interceptado y llevado a Argel, donde largos años vivirá privado de la libertad; llegando finalmente a España, la recepción es ninguna y mucho el ruido de puertas que se cierran a las peticiones del hombre que ha dado por su patria lo mejor de sus años; apenas conseguido un empleo de recaudador —en absoluto correspondiente a su capacidad e inclinaciones, pero había que comer—, van ya detrás los fiscalizadores de números buscando intereses a quien no los tenía; y así siguen, hasta la muerte, los obstáculos, uno tras otro.

Ante ellos, Cervantes reaccionó con la ingenuidad de quien es un hombre superior. Contadas fueron las veces que su boca pronunció o sus manos escribieron palabras amargas. A medida que la "nieve de desengaños ha llovido sobre sus cabellos", toma cuerpo una sabiduría exquisita que complementa el ya dotado natural cervantino. Grande debió ser, pues, la satisfacción de los contertulios del Olimpo en la contemplación de los trabajos y esfuerzos de Don Miguel de Cervantes.

Papel importante en tal espectáculo tuvieron, en distintos grados, los cercanos al escritor. Aunque aceptamos que sin su inercia y dolo probablemente el castellano no habría dado lo que dio, el alma se

parte al recordarlos. Los artífices de las largas esperas en las secretarías de personajes influyentes, los escribientes del despacho de distintas oficinas con las que tuvo que relacionarse, los que mal pagaron las nobles actitudes propias de su condición hidalga, la mujer —doña Catalina de Salazar, su mujer— que parcialmente lo excluyó en su última voluntad, han entrado a las páginas de la historia gracias a su víctima. Pero su ingreso no es el tranquilo de quien se ha realizado pese a las adversidades, sino el obscuro y amargo de quienes por sí no han sido. Todos estos "cercaños" tristemente facilitaron la plenitud del ser de Cervantes; en las dimensiones de tiempo y espacio que les cupo a cada uno de ellos vivir, sólo les estaba reservado el neutro papel de estar allí esperando que aquél realizara su tarea. Así fue.

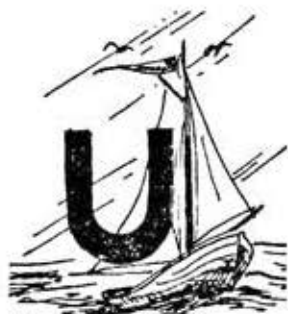
La universalidad de los contrastes cervantinos se ve reforzada por la particularidad de la contradicción española, exacerbada encima por ser el tiempo de Cervantes el más pleno de la vida peninsular. Entre el triunfo de Lepanto —donde actor fue nuestro escritor— y el desastre de la Armada Invencible, separados por cortos años, vemos consumirse la energía vital de un pueblo especial, como presagiando la dolorosa preparación del alma y el genio de uno de los suyos, colocado por ella y por sí mismo entre los espíritus más selectos de la humanidad.

La riqueza de la materia que moldeaba, impregnó el libro de Arbó.

"LA QUINTRALA"

de Magdalena Petit

por Rodrigo SERRANO Bombal



UNA antigua controversia no resuelta aún, se ha desarrollado desde antiguo en torno a la validez de la llamada novela histórica.

UNA antigua controversia no resuelta aún, se ha desarrollado desde antiguo en torno a la validez de la llamada novela histórica.

Muchas veces hemos oído hablar de "Chile, país de historiadores..." y la verdad es que —en justicia— deberíamos más bien decir que en nuestro suelo han florecido novelistas, ensayistas y cuentistas que tomando como base para

sus trabajos algún hecho histórico, han realizado muchas veces interesantes y entretenidas narraciones que —sin embargo— no son justificativo suficiente para una tal calificación, tanto más cuanto que no siempre se aprecia en aquellas líneas el necesario respeto a la ortodoxia, requisito —sin duda— indispensable para abrigar pretensiones científicas.

El estudio de la Historia exige extrema rigurosidad y fidelidad en el manejo de los antecedentes que se posean en relación a tal o cual hecho del pasado, de manera que nunca resulta lícita la inferencia atolondrada ni la generalización fácil. Así, el historiador debe —en múltiples ocasiones— postergar sus legítimas aspiraciones de comunicar sus progresos, en espera de obtener pruebas concluyentes y definitivas para sus dichos. Lo contrario simplemente no es Historia, y si bien al afirmar aquello no necesariamente damos a nuestras palabras un carácter peyorativo, aspiramos sí a definir con claridad una frontera lamentablemente difusa por efecto de muchos años de equívoca tolerancia.

Así planteadas las cosas, debemos dejar esclarecido que no es nuestra intención restarle méritos a la novela de base histórica —que cuando es buena tiene gran valor—, sino más bien subrayar que en la definición de objetivos es donde reside finalmente el elemento que nos permite enjuiciar una obra de tal naturaleza. De ese modo, el novelista no debe darse aires de historiador como tampoco éste de novelista. Con tan sencilla delimitación habremos de evitar los males señalados y contribuiremos con mucho a la correcta interpretación de los acontecimientos de nuestra vida nacional.

Dentro de los autores que han sabido mantenerse fieles a sus posibilidades y

con acierto no han presumido de puristas, se halla —ciertamente— Magdalena Petit.

Con maestría y elegancia la hemos visto ir trazando el perfil de la romántica época colonial, adentrándose en todos los secretos de aquella vida apacible, aunque no exenta de arritmias y sobresaltos.

La aparición en escena de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, la Quintrala, mujer de insospechados encantos e infinita crueldad, es el pretexto adecuado para introducirnos en un ambiente de singular ambivalencia, en el que coexisten sin reparos ni demasiados cargos de conciencia, una religiosidad vehemente y la más demencial de las brujerías, en desconcertante maridaje de frailes, brujas y conjuros.

Magdalena Petit logra, desde las primeras páginas de su obra, comunicarnos esa suerte de "aura" etérea e inmaterial que nos vincula subliminalmente a una situación, a un ambiente, a una circunstancia vital.

Sus descripciones son de un realismo notable, a la vez que conservan intacta la poesía de su lenguaje, tan a menudo aventada por los relatos demasiado apegados a la realidad funcional. En tal sentido "La Quintrala" es una demostración más de cómo es posible conservar lo sustancial sin empalidecer la fuerza de la palabra, ni la trascendencia que le imprime la connotación poética.

Libros como éste, además de entretener —objetivo importante— constituyen aportes reales a la literatura nacional, ya por su formalidad culta y de buen gusto, como por el contenido mismo de sus páginas, incorporadas por sus méritos indesmentibles al mundo privilegiado de nuestra novela histórica más selecta.

